

María besa la frente de su amado, que acababa de quedarse dormido tras haber hecho dulcemente el amor.

A las doce, justo cuando estaba a punto de salir de casa, había llegado Marisa, la chica a la que en medio de la desesperación había llamado por la noche.

Lo cierto es que con la sorpresa, se le había olvidado.

De todos modos ya tenía pensado dejar a Marcos descansando, por mucho que le doliera separarse de él.

Justo cuando iba a salir con Miguel, apareció en la puerta esa chica tan simpática, que daba a conocer a los vecinos la existencia del banco de tiempo del barrio, y que dejaba anuncios con su número para informarles.

Entonces, ya que era tan amable, le pidió que en vez de quedarse a cuidar al niño, tal como habían quedado, fuera con él a prepararles a los abuelitos algo de comer.

Les había dejado la nevera llena, así que con calentarles algo ya estaba, y Miguel, que conocía el camino, le serviría de lazarillo.

Estaría encantado de ayudar, como todos los niños, en vez de ser obligados a permanecer pasivos y dependientes hasta edades muy avanzadas, como los jóvenes de ahora.

Por eso se comportaban como críos maleducados, pues en ello les habían convertido sus padres.

Los que iban los sábados por la noche al café donde ella trabajaba hablaban altísimo a pesar de que su jefa, que era una mujer muy lista y comprometida, duplicaba el precio del alcohol para inhibirlos.

Aún así los fines de semana resultaba imposible lograrlo.

Empezaban tomándose un vino o una cerveza, y acababan bebiéndose lo que fuera, eso sí, con Coca-cola, para eso vestían tejanos.

Se trataba de jóvenes estudiantes o desempleados, de esos que se las arreglaban para ir siempre a la moda a costa de tener cautivados a sus mayores para que les soltaran la pasta.

La verdad es que no entendía de dónde sacaba la gente el dinero para tanto vicio absurdo.

Cuanto más alcohol ingerían, más gritaban, como presas de una de histeria colectiva que arrastraban toda la semana, pero que con el alcohol, estallaba como una bomba. Se veían escenas muy teatrales, como en un psicodrama, que al día siguiente habrían olvidado porque sino se morirían de vergüenza.

En Argentina la gente también se emborrachaba, por supuesto.

Al parecer los más alcohólicos del mundo eran los del este de Europa.

Cuanto más violencia, más herida estaba el alma, y más desinfectante precisaba la pobre.

El vino había sido sacralizado en occidente, convirtiéndose en el motor de la guerra contra oriente.

El mundo estaba teñido de rojo y la guerra santa bendecida por los siglos de los siglos.

Su padre era un bebedor violento, por eso ya desde pequeña detestaba el tintorro.

Y cuando le tocaba servírselo a la gente, siempre trataba de darle el peor, para crearles rechazo.

Su jefa estaba de acuerdo, pues al parecer su progenitor también había pecado de exceso de devoción cristiana consagrándose a la bebida.

En el fondo así salía perdiendo, pues no había nada más lucrativo en el mundo, pero le daba igual, ya que aquella era su cruzada por la paz social.

Claro que sin amor, la paz sería imposible, por eso besa a su amado dulcemente en la frente justo cuando acaba de quedarse dormido en sus brazos.